



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Historia, identidad, integración indoamericanas o una nueva subyugación

Autor: Morales Benítez, Otto

Forma sugerida de citar: Morales, O. (1995). Historia, identidad, integración indoamericanas o una nueva subyugación. *Cuadernos Americanos*, 2(50), 70-92.

Publicado en la revista:

Datos de la revista: *Cuadernos Americanos*

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 50, (marzo-abril de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

HISTORIA, IDENTIDAD, INTEGRACIÓN INDOAMERICANAS O UNA NUEVA SUBYUGACIÓN

Por *Otto* MORALES BENÍTEZ
ESCRITOR COLOMBIANO

Los temas esenciales de Indoamérica

LOS CINCUENTA PRIMEROS NÚMEROS de *Cuadernos Americanos*, en la Nueva Época, dirigidos por el maestro Leopoldo Zea, como órgano de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, facilitan algunas hondas reflexiones.¹ Se ha conservado el espíritu de la libertad, que marcó la ruta de su fundador Jesús Silva Herzog. Hay una llama de rebeldía que recorre sus páginas, donde los juicios y las palabras se someten a un rigor que impone su directriz y evita cualquier desbordamiento innecesario. Lo más capital son los temas de Indoamérica. Cada uno de sus afanes, crisis, sueños, nuevas esperanzas, tiene su amparo y su acicate. Hay una permanente revisión de aquéllos para mantener viva la fuerza de su impulso. La capacidad de análisis con protesta hay necesidad de revitalizarla en nuestro continente, pues tenemos, por exceso de rigor en cada empeño, tendencia a la dispersión y a la intuición. Estas fuerzas son aparentemente negativas, pero realmente son parte de conductas colectivas. No con poder negativo, sino con demanda de un cauce riguroso, que es el que se busca por el don de la juventud que aún ampara a nuestra área.

En sus páginas se han registrado los pensamientos y planteamientos de mayor categoría, que han mantenido en vilo a los gobiernos y a los pueblos, a los pensadores y a los escritores que circunstancialmente se ocupan de ellos, lo mismo que a los periodistas. Enumeremos algunos: la integración y la identidad como fuerzas

¹ Las citas del presente texto son tomadas, prácticamente en su totalidad, de estudios publicados en diverso números de la revista *Cuadernos Americanos*.

poderosas que tienen concomitancias. O las preocupaciones que suscita la Universidad, como foro central de cada país, para irradiar sus inquietudes regionales y sus ataduras con el mundo científico, técnico, cultural de la época contemporánea. Además, cómo deben ser sus relaciones con la política, pues ésta determina, ideológicamente, la aventura creadora de los países. Ella despierta la conciencia colectiva, la acondiciona para el combate o detiene los procesos sociales. Las aulas, entonces, deben obedecer a nuevos impulsos.

Cuadernos Americanos ha estado atento a las exigencias permanentes de la comunidad y ha extendido su aval, en los estudios publicados, en torno a los afanes cardinales de nuestro tiempo y que producen tanta inquietud social. Por ello los juicios de sus colaboradores en torno a materias visceralmente ordenadoras del destino de los países, como la economía, el desarrollo, el colonialismo —mental, de subyugación a otros parámetros económicos, de dominio político. O, también, cómo pueden fortalecerse y visualizarse sus proyectos de liberación. Son materias complejas, que inquietan y despiertan debates permanentes.

En varios números se ha reexaminado la realidad hoy —en nuestro tiempo histórico— de varios países. Sin abandonar ninguno de los aspectos que despiertan polémicas y beligerancias. Es una manera de contribuir al conocimiento de lo que alienta o perturba sus vidas en el orden económico, cultural o político. Y poder formular diagnósticos con claridad de cómo se anota el porvenir.

Hay un tema que ha sido capital en estos cincuenta números. Es el de la historia, que, desde luego, ha crecido en su afán de conocimiento y de puntualizar su alcance con motivo de los quinientos años del “encontronazo” de Colón con nuestro continente. Esta circunstancia ha permitido una revisión de muchos conceptos tradicionales. Se crearon nuevos puntos de vista que enriquecen el juicio crítico del pasado. Se acentuó la incorporación de las culturas ancestrales —sus formas de gobierno, su economía, su arte, su concepción de la familia; en fin, la rica multiplicidad de sus elementos— como parte esencialísima para poder mirar, con más clara penetración, de dónde venimos y qué representamos. Asimismo se han valorado, con sentido crítico, otros temas de la historia universal, como, por ejemplo, para mentar un solo caso, la Revolución Francesa, o bien extendiéndose las consideraciones analíticas en torno al aporte científico de un historiador de las ideas tan esclarecedor como José Gaos.

No se cancelan las preocupaciones básicas en cuanto a las relaciones de Indoamérica frente a los Estados Unidos. O la conducta

de este imperio en relación con nuestro desenvolvimiento por cada uno de sus aspectos, o de las intrincadas confrontaciones, a veces. O de sus dramáticos episodios económicos —la deuda, el precio de nuestros productos primarios—, o, aún más, los enfoques riquísimos de matices divergentes en cuanto a problemas de la extensión múltiple de la cultura.

Se ha tenido en cuenta la agitación de una preocupación que, a veces, aparece marchita en su apreciación profunda: las relaciones de Indoamérica con el Caribe. Por su aislamiento, porque en algunas de sus islas se hablan otros idiomas, porque han estado bajo dominios no españoles, se ha perdido, muchas veces, claridad en torno a las fuerzas integradoras que marcan nuestros destinos. *Cuadernos Americanos* nos ha dado iniciativas en los enfoques y recio dinamismo en el básico entramaje que guía nuestras vidas. No pueden manejarse sus destinos en forma separada. El proceso de integración debe ser más radical.

La riqueza de matices ha sido de magnitud reveladora. ¿Qué tal la circunstancia del esclarecimiento, extensión y fortalecimiento de lo que es el auténtico sistema filosófico indoamericano? Durante décadas se predicó que no teníamos vocación para sostener un propósito y un sistema filosófico. Continuábamos repitiendo la condena hispánica: ni en la especulación abstracta ni en el arte, podíamos tener ninguna presencia intelectual. Se quiebra ese prejuicio. Los estudios que se editan en la revista precisando los caracteres de aquél, sus aportes originalísimos, los nombres de sus creadores y divulgadores ya gozan de un reconocimiento continental y universal y las calidades que los diferencian de otros sistemas —los europeos— nos facilitan el aceptar y proclamar la presencia de un mundo especulativo realmente auténtico. *Cuadernos Americanos* nos impulsa a abandonar los prejuicios mentales.

Las ciencias, la tecnología, en los diferentes campos que abarcan en sus columnas, han tenido expositores del más alto rango intelectual. No ha existido merma ni achicamiento del espacio y densidad conceptual. Al contrario, la discusión ha estado abierta, con proyección a sus deberes universitarios, para la necesaria modernización del pensamiento. Ha sido una constante para denunciar cómo tampoco estamos al margen ni en la intemperie de la vida contemporánea.

Así se cumple con unas materias de intrincada presencia en nuestra vida académica, como también se ha revelado de qué manera crece y se expande la literatura y cómo cumple su función creadora y crítica en nuestro medio. Es como un homenaje a las gentes

comprometidas en el alto destino creador de la inteligencia. Ha sido una permanente y enaltecedora función de análisis, rescate y denuncia de los valores indoamericanos que, en el presente y en el pasado, han ayudado a construir las nacionalidades, a defender la libertad, a despertar la conciencia comunitaria de nuestros pueblos. Pero que lo han hecho desde una atalaya doctrinaria, con apoyo en la maestría del manejo de la palabra escrita o hablada, pero alcanzando ésta la dignidad y categoría de pensamientos cardinales en la nobleza alta de la expresión con intención y fuerza artísticas. No es la exaltación de los bárbaros que dominan.

La vigilancia ha sido devota en cuanto a los más disímiles valores de la creación literaria. Lo mismo se ha examinado el mensaje de José María Arguedas o las visiones míticas de sor Juana Inés de la Cruz. Recordemos algunos nombres de los exaltados con páginas de escrutinio sobre su mensaje, sus ideas, la manera sabia de ordenar sus juicios o la densa capacidad de representar su realidad o su mundo interior. Todo ello expresado con la riqueza artística de los orfebres de la escritura. Así van apareciendo César Vallejo u Octavio Paz; Felisberto Hernández o el Inca Garcilaso de la Vega; Ramón López Velarde o José Luis Romero; el escultor colombiano maestro Rodrigo Arenas Betancourt o Eugenio María de Hostos; Domingo Faustino Sarmiento o Alejo Carpentier; Germán Arciniegas o José Carlos Mariátegui; Arturo Uslar Pietri o Víctor Raúl Haya de la Torre; Gabriela Mistral, Manuel Puig, José Martí, Carlos Bosch García o Arturo Ardao. Se nos escapan nombres de alta calidad. Pero lo que pretendo enunciar es que allí están las guías espirituales del continente. Éste, por lo tanto, va emergiendo en la claridad de sus orientadores estéticos y humanos. Son los pensadores de un mundo singular que tiene su propia voz, que viene de lo hondo de una tradición, a veces escondida o repudiada. Pero que, cada día, es más densa y auténtica. Que ya tiene su propia dimensión; su carga de simbolismos y su capacidad de desentrañar un mensaje que va siendo más sólido, independiente y auténtico, en cuanto más se compenetran sus autores con el dinamismo histórico indoamericano. De suerte que *Cuadernos Americanos* está en su centro de irradiación, sin olvidar los diversos y riquísimos dones del continente.

El ensayo como instrumento

HAY que destacar que la mayoría de los textos ha sido escrita en el género revelador del ensayo. Así comenzó la escritura en Indo-

américa. Inclusive las páginas de los “cronistas” fueron concebidas para describir, pero, a la vez, para interpretar un mundo que para ellos es deslumbrantemente mágico. Los cronistas de origen indio, de fuerza y condición de mestizos, como es el Inca Garcilaso de la Vega, al narrar su origen, su vida, la de sus mayores y las incidencias históricas a que se refieren, lo hacen en esos parámetros. Luego, quienes crearon conciencia para la independencia y señalaron los rumbos del mundo americano, escribieron con las particularidades de aquél. Luego, los pensadores --creadores de conciencia, de reglas y de denuncias de lo que es nuestro mundo— son grandes ensayistas. Es el género de formación. Es el que nos constituyó, reveló y, realmente, nos descubrió virtudes, cualidades, defectos y la peculiar condición del área. Primaba sobre cualquiera otro. Fue la manifestación más cabal de la inteligencia indoamericana. Por fortuna así fue, y en el ensayo cabe el variable mundo. Él puede avanzar desde la meditación más profunda hasta el relato, la fantasía y el fabular; avanzar en el manejo de tropos retóricos, cercanos a la poesía o detenerse en el matemático examen de lo más intrincado, sin que se abandone la estructura del ensayo, sin que se sacrifique su hondura y precisión. Tiene una versatilidad que le permite avanzar, retroceder, detenerse y volver a tomar impulso. El ensayista es hombre con una concepción universal de rara y sagaz capacidad de penetrar en los aspectos más diversos. Sin que pierda su identidad y proyección, es proteiforme y en él se reflejan las más diversas calidades del pensamiento, del razonar, del fabular, del poetizar. Esto depende de las calidades del ensayista: su formación, sus fuentes nutricias, la densidad de sus apoyos, la imaginación que asiste a su pensamiento. Porque con él se entra al torbellino de las diferentes urgencias críticas, o del análisis severísimo o de la divagación en torno a una materia que estimula y consiente el godeo literario.

Su versatilidad facilita el que el escritor se asome al más variado juego de la inteligencia, que no tenga límites en su capacidad de avanzar, penetrar, comprender y, luego, a través de la palabra, revelar, interpretar y crear. Por ello cubre las más diversas áreas y se interesa por los temas más abiertos en el pensamiento oceánico. Porque su signo revelador es la plenitud. La capacidad de penetrar sin límites, de avanzar sin que predominen las talanqueras de una imposición que nace de la propia interioridad de lo que es y representa aquél. Porque es para la plenitud. Ésta no puede verse cercada ni menguada por lo accidental ni traicionada por la mezquindad de perspectivas culturales.

El ensayo tiene la virtud de no dejar escapar ninguna de las riquezas de calidades, sutilezas y primores que demanda la escritura. Al contrario, asiste a ésta con novedosos recursos. Le entrega apoyos de variada índole. Unos, de gran profundidad en la cercanía a lo más exacto y de rigor científico en el pensamiento. Otros son circunstanciales; vienen de la manera como se quiera presentar el tema. Para atrapar al lector, se recurre a nuestra variedad de medios, de suerte que se ve asistido de lo más noble, variado y rico del juego mental.

Como es el goce de la riqueza de la concepción del escritor, éste se halla en capacidad de dosificar. Es decir, puede resolver qué aspectos acentúa, cuáles enfatiza aún más, aquéllos que deja enunciados para, más tarde, retomarlos y agotarlos. Allí juegan dos elementos —la inteligencia y la sensibilidad—, que seguramente determinarán los grados de irradiación de ciertos temas capitales o darán relieve a sus contornos. Es la maestría de saber dosificar lo que nos puede conducir a una prosa llena de sabidurías, pero, a la vez, de acentuadas calidades estéticas.

Es un género para la reflexión y, también, para la creación. Está en el alto vértice de la irradiación de los más hondos, severos y cabales pensamientos. Y, a la vez, en la encendida recreación de los valores en la plenitud de belleza de la prosa. Va desde el cenit de la visión doctrinaria de los temas, hasta la fuerza central de la maestría de los valores literarios.

El maestro Leopoldo Zea, como director de la revista, ha cumplido, con riguroso celo intelectual, la línea marcada por su fundador, don Jesús Silva Herzog, de que sus páginas tuvieran un carácter global. En varios sentidos: en la defensa de la libertad, en la autodeterminación de los pueblos e individuos y en el respeto a la desigualdad. Igualmente ha conservado sus dos orientaciones: la mexicana y la indoamericana. La primera era como una reafirmación de los dones de la segunda. Lo que se complementa con las advertencias de Alfonso Reyes: la necesidad de que en sus páginas se cumpla con un deber “continental y humano”.

Caminos para llegar a lo nuestro

Los quinientos años que culminaron en 1992 nos llevaron a la reflexión acerca de nuestra historia. En *Cuadernos Americanos* quedan muchas páginas que pelean por la claridad en las nuevas posturas, con una marcada tendencia: no se desea revivir la leyenda negra

ni repetir la visión rosada hispánica. Lo que se busca es claridad en el enfoque de lo nuestro, que lo podamos mirar sin sujeción a prejuicios o imposiciones mentales. Tiene tal calidad nuestra historia, que deben primar sus valores. Los propios, que son demasiados y con caracteres que los singularizan. Lo que acontece lo ha identificado Zea, que es guiador en estos afanes, cuando manifiesta que hoy el continente se mira y examina a sí mismo. Por ello, se vive un momento cenital. Somos demasiado jóvenes, empezando por la circunstancia de que de América Latina, como entidad definidora de su propio destino, se principió a hablar por el colombiano José María Torres Caicedo y el chileno Francisco Bilbao en la mitad del siglo XIX, cuando las agresiones de Estados Unidos a México y Centroamérica. Cada vez es más evidente el afán de los hombres de estudio de explicar una versión integral del destino y éste no puede juzgarse en plenitud sino cuando se califica desde la historia. La conquista se señala como un gran movimiento migratorio. De España y de Europa arribaron —tanto a esta parte como a la sajona— gentes que salían acosadas por falta de espacio para sus vidas. Ellas estaban perseguidas por motivos políticos, religiosos, sociales. Su economía era muy estrecha. Llegaron sin oportunidad de regresar. Zea admite que eran desocupados. El maestro Germán Arciniegas sostiene que eran los desaharrapados. No tenían nada en España y se ubicaron aquí para ver si rescataban su destino. Por ello necesitaban quedarse, confundirse con quienes aquí vivían. Contemplando el panorama que desataba una nueva realidad, Eugenio María de Hostos manifestaba que aquí se veía levantar una “nueva savia en la vida universal”. Así fue vigorizándose la idea de América. Mientras las tesis que nos llegaban de ultramar conducían a que se nos juzgara con el criterio de marginalidad histórica. No se nos tenía en cuenta; era evidente el carácter de desprecio universal por ser “culpables de habitar un continente mestizo”, y fue tal la condena que no tuvimos capacidad para contar, leer e interpretar nuestra propia historia. Porque, además, nuestras élites, durante décadas, compartían aquel desdén y no estaban en actitud de pensar en el continente como una entidad histórica. Nos ha dado mucha dificultad llegar a ciertas preguntas o valoraciones de lo nuestro: no se han querido admitir las calidades de nuestros pueblos ni puntualizar cuáles características nos definen, ni las particularidades de su historia, ni los valores en los cuales pueden y deben reconocerse. Para Zea lo que nos acontece es que “hay un discurso mezquino” sobre Indoamérica. María Angélica Illanes ha expresado ese rechazo

implícito al decir que América está “sumergida, acallada, sepulta, desoída”. Pero ya hay otra actitud de la dirigencia continental de tipo intelectual. Es menos clara esta conducta en su clase política. Pero ya la posición es diferente y sin reservas críticas.

Hay nuevas propuestas. Se deben vigorizar. Además, proclamar con orgullo —sin acento de molestia, de vergüenza, o de rechazo— lo que somos. Mirarnos como una unidad histórico-social, que apenas exploramos para nuestro conocimiento y, a la vez, revelarlo a quienes dudan aquí o en el exterior de nuestra propia naturaleza, empezando por aceptar de dónde venimos y cómo nos integramos. Porque ya está dicho que lo que se llama el descubrimiento condujo a una universalización de la historia. Ya no se reclusó ésta en los espacios que primaban antes del acontecimiento. Nosotros entramos, contamos y tenemos derecho a decidir. El maestro Alfonso Reyes, en sus conocidas “Notas sobre la inteligencia americana”, enfatizó que el continente tenía derecho a participar en la elaboración de la cultura universal. Fue cuando repitió con ademán de hombre que conocía el destino de su área: “Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros”, dijo, dirigiéndose a los delegados de las otras culturas. Por ello él mismo propone la unidad de la inteligencia continental.

Hasta ahora no se ha escuchado sino el discurso de los vencedores. Pero nos llegó la hora hace mucho tiempo. Pero hemos sido remolones para aceptarlo. Se han necesitado muchos ingredientes para poder tomar conciencia y volver dinamismo esa oportunidad. Las ciencias humanas y sociales nos han conducido a la propia realidad. Las historias locales y regionales nos facilitarán mirar con orden lo que somos y representamos.

Se han observado y valorado con descuido y desprecio las culturas ancestrales. Las luchas populares en la colonia y la conquista casi siempre se desconocieron. Se evitaba proclamar que el barroco indoamericano hizo explícita la primera independencia del continente al cambiar las formas artísticas que nos enviaron. Se tomaron, se cambiaron, se transformaron. Fue una verdadera liberación. La lucha de los comuneros fue integral: rebelión de la comunidad pobre, rescate de valores antiguos en su formación, lucha por lo inmediato, con contenido político, social, económico. Ya se tenía conciencia de cómo debía ser nuestro destino, manejado por nosotros mismos. Desde esa época se hizo evidente que su sentido democrático determinaría las acciones. Era un desafío a la organización imperial y a los reinados que primaban. Recordemos

que desde el comienzo la manera de escribir obedecía a una personalidad y enfoques distintos. Quienes nos dirigían concebían la organización política como una continuación de los reinados, mientras aquí se proclamaba la república y la primacía del acento comunitario: monarquía contra elecciones. Cuando se nos presenta la Revolución Francesa como ejemplo, se nos olvida que de este lado del continente —los libertadores de Estados Unidos y sus guías intelectuales— fueron a dar aliento, con sus enseñanzas, al proceso de cambio radical. Los derechos del hombre se llevaron desde Estados Unidos, de suerte que tenemos de qué enorgullecernos y poder indicar cómo nos conducimos con liberación espiritual. La historia así es una tendencia nueva. No obedece a los cánones tradicionales. Muchos hombres de acción y de pensamiento no se dan cuenta cabal por el hecho de que les es difícil aceptar los valores de una historia que toma sus auxilios en la cultura popular. Ésta, apenas se aclimata en estudios de especialistas. Otro propósito, sin duda tan difícil como la independencia, es que se acepte su nueva postura crítica de nuestro pasado.

Complejos frente al mestizaje

NATURALMENTE, lo primero que se hace evidente es que no tenemos conciencia de nuestro ser mestizo y que contra él prevalecen los prejuicios hispanos. Ha sido difícil aclimatar la obligación de aceptar lo que realmente somos. Ha ganado, hasta ahora, la carga impresionante de prejuicios que se nos repartieron durante varios siglos.

Pero hay un hecho evidente: con reticencias, con falta de claridad, con menosprecio subyacente, con palabras frenadas en su contenido, cada vez más se escucha la mención del criterio del mestizaje. En cada nueva oportunidad, los escritores de varias generaciones y los nuevos pensadores que han meditado sobre Indoamérica, expositores de ocasión, se refieren a ese peculiar y fecundo fenómeno de nuestra área. Pero no se avanza en la reflexión.

Al contrario, ésta se tuerce en la ausencia de vigor en las certezas. Hay la creencia de que el mestizaje sólo se refiere a la circunstancia del maridaje de varias sangres. Y, desde luego, así se pretende dejar grupos humanos por fuera. Que algunos sectores estén excluidos. Creen que si se les considera "blancos" tienen más privilegios de inteligencia o capacidad para disfrutar de riquezas o de poder. No se sabe bien cuál es su alcance. Como se piensa que algunos países están excluidos de ser mestizos, especialmente en el sur

del continente, por haber arrasado con los indígenas y tener parientes —próximos o lejanos— en Europa. Son desviaciones por falta de análisis y desvíos por mal planteamiento.

Pero la pregunta que tenemos que formularnos es muy simple: ¿por qué aparecen resistencias frente al mestizaje? Hay algunas razones histórico-culturales que siguen pesando con su carga de condena y de desprecio. Algo de lo más difícil es erradicar lo que ha pesado, con signo negativo, durante tantos años. Cambiar juicios de valor demanda una constante prédica, indicación de diferentes calidades —igualmente ésta con signos positivos— para que vaya caminando en la conciencia colectiva. Desde luego, esas inclinaciones de desprecio infinito nacen en la conquista y la colonia. Los funcionarios, las providencias españolas, la forma como se encaró el problema, revelan esos desdenes. Teníamos ya una mala calificación por ser descendientes de indígenas. La palabra “indio” se usó para designar lo menos valioso y repugnante, y señalaba una presencia salvaje. Muchos escritores, para indicar mermas y como no había nada que esperar de ciertos seres, manifestaban su desprecio con el juicio contundente de repudio inclusive a su ubicación: “son de tierras de indígenas”. Éstas necesariamente favorecían las conclusiones negativas.

La relación inicial de españoles era con las mujeres de esa raza. El apetito sexual tuvo más fuerza aglutinante que el desprecio. Realizado el ayuntamiento, vienen los hijos. Se les consideró descastados. Y como los españoles ya eran, en su tierra, un gran mestizaje, aquí lo completaron. Pero si bien allá no tenía connotación de rebaja en jerarquía humana, aquí la tuvo.

Se buscó evitar que tuvieran primacía o pudieran disfrutar de ninguna de las ventajas de que gozaban los padres. Entonces vinieron las leyes para organizar las ciudades. La primera era que no podían habitar las ciudades que se creaban. Las reglas legales no lograron detener el avance. Las mujeres indias y sus hijos, allí se acomodaron con sus amantes, que eran los progenitores. Aquéllas las desdeñaban, pero las utilizaban. Las rechazaban las órdenes superiores, pero ellas y ellos ayudaban a organizar su vida doméstica y, desde luego, económica.

Entonces comenzó la división de clases en mestizos. Es curiosísimo leer esas disposiciones. Ellas eran profusas y con límites en el ejercicio de sus derechos humanos según la clasificación que les correspondía. ¿Cuál era el alcance de esa rigurosa separación? Considero que política, en parte, y se refleja en el resto de sus afanes.

Hagamos breves referencias: el mestizo principió a "sentir" y, más tarde, lo fue proclamando y más adelante estableció "reclamos" sobre los derechos que lo asistían. No podían detener su fuerza expansiva. Él pedía que le dejaran el dominio de la tierra, a la cual consideraba suya en plenitud. Después solicitó el gobierno y tener dominio espiritual a través del sacerdocio. Todo esto se le negaba. Llegó el momento en que no lo lograron detener porque fue penetrando, resueltamente, a imponer su mandato.

Pero, ¿por qué juzgo que en la división y subdivisiones de los mestizos hay una razón política? La explicación es sencillísima: en cuanto éstos fueron predicando qué correspondía como derecho immanente, se llegaba a dramáticas confrontaciones. Nunca hubo calma en este continente. Siempre hubo luchas populares, batallas, fuerzas desencadenadas colectivamente. El nuevo hombre nacido de la mezcla irrumpió con ímpetu: se veía llegar el relevo de los españoles. Era el aliento que, consciente o subconscientemente conduciría a la independencia. La parcelación de los mestizos, y el vilipendio radical sobre ellos, los enfrentaba entre sí. De esa manera no peleaban el mismo destino. Al contrario, entre ellos se levantaban barreras. Era una habilidosísima manera de gobernar, consolidando las disputas internas. Éstas no ayudaban a su reivindicación. El signo del desprecio, que era el que predominaba, les restaba ímpetu. Se veían subyugados por el signo de incapacidad que se les adjudicó. De esa manera no tenían autonomía de razonamiento. Porque ya se había establecido que no tenían alma sus ascendientes. Ahora se lo confirmaban.

El parcelamiento en clases conducía a su enfrentamiento. La batalla interna era permanente. Así se evitaba que se levantaran banderas de rebeldía contra el imperio. El menosprecio continúa. Las leyes de indios van indicando qué vestido pueden llevar en los actos públicos. Especialmente en los actos religiosos. Entonces, con sólo mirarlos, se establece cómo era su falta de jerarquía, cómo no podían reclamarla, de qué manera sobre ellos pesaba una losa social. Se les ponían cortapisas para ocupar ciertas naves de los templos o utilizar reclinatorios, etc. Se quería que públicamente quedaran establecidas, dura y dramáticamente, las desigualdades. Además, ellas eran evidentes. No se podían ocultar: los discriminados sartoriales, denunciaban la ubicación en la colectividad. Eran habilidades de espectaculares recursos que ponían a los mestizos a beligerar entre ellos. Así no se acentuaban las reacciones contra la Corona. Parte de la función de los funcionarios era atizar esos

combates internos. Se evitaban así los reclamos ante el Rey. Naturalmente, siempre se desató esa condición como étnica. Los demás elementos no se juzgaban. Y así lo repiten hasta nuestros días. El mestizaje era simplemente una mezcla racial. Ésta comprometía la atención de quienes pretendían entender el suceso. Desde luego, era y es visión pequeña. Se quedan múltiples aspectos por fuera —la arquitectura, la escritura, el arte, la comida, la música, las danzas, el vestido, las religiones, el amor y el sexo y cada uno de los aspectos de la vida y sus interrelaciones. De suerte que se desconocía y se desconoce la intensidad de atributos que despierta el fenómeno. Pero se quería mantener el sojuzgamiento por el complejo en el cual vivía este ser. Entre menos calidades se le reconocieran, tendría más dificultades para sobresalir. Fuera de que no se le reconocía ningún atributo. Era un ser desdeñable. Ello aún persiste en el juicio de muchos de quienes lo tratan de situar. Saben que es un hecho que no pueden desconocer. Pero no lo quieren examinar en su importancia sin límites, en su dimensión de colosal y calificada fuerza indoamericana.

El idioma para calificarlo era el que destacaba su bastardía. Las más denigrantes palabras del idioma se esgrimían siempre, invariablemente, para hacer su referencia. Aún se escuchan en aquellos que creen que ellos están lejos de esas mágicas alianzas o demostraciones espirituales. El mestizaje no es sólo étnico. No. De ninguna manera. Se hace notorio en los más diversos aspectos de la existencia. No hay uno solo de éstos con el cual no roce y aparezca su impronta. Pero aún más: es mestizo también quien se haya incorporado al continente, cuando aquí cumple el destino de su vida, se compromete en sus luchas —no accidentalmente sino con fuerza raigal— y adopta su cultura, sus comportamientos y costumbres y ayuda a decidir su vida social, política, económica, renunciando así a la posibilidad de regresar a su origen. Porque se compromete con nuestra realidad, y como un oriundo de aquí, se pone en unanimidad colectiva para mejorarla, transformarla e impulsarla. El mestizo, pues, no es sólo cuestión de piel o de sangre. La actitud, la conducta, la manera de obrar, la contribución al cambio de lo inmediato, el entregar materiales para ir construyendo nuestro mundo, es parte denunciadora de aquél.

Las personas provenientes de las élites económicas, y algunos que reclamaban venir de ese origen, o que no querían, deliberadamente, abandonar sus ataduras y tenían o tienen más cercanía

a aquéllas, contribuyeron y lo hacen hoy, al gran fastidio que pesa sobre aquel ser. Hace pocos años en la Argentina, después del episodio de las Malvinas, en una conferencia internacional académica, escuché ya hablar con énfasis a muchos expositores de ese país del mestizaje como su expresión y representación. La solidaridad fue continental. De quienes esperaban reciprocidad por lazos, cercanos o lejanos, de familia, no obtuvieron respuesta. Fue la primera sacudida para entender que su mundo era el mestizo. Y no otro. Es decir, que sí eran, indefectiblemente, parte de Indoamérica.

Lo que más ha ayudado a no tener claridad, y a que no se reconozca la propia entidad, es la culturización de nuestras clases dirigentes. Se han formado en Europa —ahora en Estados Unidos— y llegan con fórmulas para aplicar. Nos hacen un daño profundo. Dejan por fuera la historia, la tradición, las fuerzas ancestrales, el resplandor creativo de nuestras gentes. Se vuelve al ciclo hispano que proclama la incapacidad. Se hace básicamente evidente su desprecio por el pueblo. A éste lo miran, sin determinarlo. Es un subproducto del mestizaje. Así se ha dejado de entender a nuestras colectividades. Viven, otra vez, al margen, sufriendo la separación por falta de *sindéresis* de nuestra clase dirigente.

No hay que olvidarlo, como lo dice Zea: “La América mestiza por serlo parece difícil de conciliar entre sí...” pues es “surgida de una cultura de culturas”. Darcy Ribeiro ha afirmado algo que es capital y que pretendemos olvidar:

América Latina es el área más homogénea de la tierra .. Esa homogeneidad es un *ente en ser*, está en su potencialidad. Es evidente que estamos destinados a ser algo importante para la humanidad. Lo que representamos es un área que no tiene nada que pedir, y que puede contribuir a que el mundo se haga más humano.

Más adelante agrega, en sus reflexiones, que “fuimos deformados”.

Enrique Zorrilla, de la Universidad de Sucre en Santiago, sostiene que en Chile, donde se le ha opuesto tanta resistencia, hay “una cultura mestiza original indo-hispano-afro-americana de corte occidental... somos hijos de un proceso de mestización, hijos de estirpes de distintos pasados y tradiciones, por ende tremendamente jóvenes”. Pedro Godoy, del Centro de Estudios Chilenos, manifiesta que “una minoría europeizada habla de un Chile lejos

de Indoamérica''. Pero ello no tiene asidero en la realidad, como él lo afirma, pues "Chile es una república mestiza al igual que las veintitantas patrias de Nuestramérica... Aún más, el mestizaje —comenzado a mediados del siglo XVI— es un proceso todavía en fermentación".

En las consideraciones y conclusiones del Simposium "Iberoamérica 500 años después: Identidad e Integración", segundo acápite, se dice: "Queda manifiesta la peculiar identidad... de los pueblos del Nuevo Continente, que origina el encuentro de diversas etnias y culturas: los indígenas, los europeos, los africanos y los asiáticos, que ha dado origen al rico mestizaje que la caracteriza".²

Se advierte que el fenómeno es más profundo y que traerá por consecuencia ataduras con otros países de la región y en cuanto ello se acepte, serán más fáciles los procesos de identidad y de integración. En el quinto aparte se anota con profundidad:

A partir del concepto de latinidad adoptado por esta región de América, se perfiló una extraordinaria forma de integración del Continente vista como latinoamericanización del mismo, con la presencia cada vez mayor y más activa en los Estados Unidos y Canadá de las diversas etnias y culturas que, como en Latinoamérica, están haciéndose presentes en estos lugares, y con ello dando origen a un mestizaje continental.³

Las primeras cuatro conclusiones hacen énfasis en los deberes frente a la identidad:

1. La afirmación y defensa de la identidad es responsabilidad exclusiva de los individuos que forman los pueblos de esta América.
2. Para entrar en la Modernidad no se tiene que renunciar a la propia identidad pretendiendo adoptar otra o subordinándose a los intereses de los pueblos creadores del modelo.
3. Entrar a la Modernidad y colaborar estrechamente con otros pueblos no implica la renuncia a la identidad, sino por el contrario, su reforzamiento con la solidaridad.
4. La entrada de América Latina en la Modernidad vuelve a plantear problemas de identidad como los planteó en el siglo XIX, y es necesario asimilar esa experiencia histórica para no repetir sus errores.⁴

² Cátedra de América Latina, *Ibero América 500 años después: identidad e integración*, México, UNAM, 1993 (*Cuadernos de Cuadernos*, 3), p. 29.

³ *Ibid.*, p. 30.

⁴ *Ibid.*, p. 31.

Identidad clara, pero que se desconoce

YA hemos visto que nuestra historia tiene particularidades que le dan un valor singular. Se mueve en su propio ámbito, con características, hechos y circunstancias diferentes. Es nuestra historia, que es lo que no quieren entender algunos pequeñísimos grupos, pero que tienen influencia cultural y política. Ellos nos han desviado. De lo que debemos tomar conciencia es de que ella es peculiar, propia, que se identifica por ciertos rasgos. No se reproducen en otro continente. La gran lucha cultural ha consistido en que no nos confundan. Y menos aceptando y sometiéndonos a las reglas del eurocentrismo. El maestro Germán Arciniegas ha dicho: "Somos otra cosa". Pero algunos grupos de élite no quieren que nos identifiquemos. Prolongan el vicio de ser "otro", de parecernos a quienes no revelan nuestra personalidad. Es un afán como de encontrarla en donde no existimos. Quizás la explicación la hallemos en que se nos impuso una identidad y no hemos podido quitarnos la máscara. Se nos obligó a representar un papel que no era el nuestro. Así nos movemos todavía con complejo de inferioridad frente a Europa y los Estados Unidos. Washington previó lo de su país, que nos sirve de amparo a nosotros: él recomendaba que no nos deberíamos dejar "enredar... al capricho europeo". Porque dejamos de expresar lo que somos y empezamos a ser "sombra de ajena vida". Sería fácil establecer la identidad si admitiéramos, sin los complejos que tuercen la claridad, el mestizaje. Y que éste no se emplee para sostener que ese origen —diversas sangres— no nos permite claridad en los juicios. Éstos aparecen enmarañados por los prejuicios. Como lo anota Horacio Cerutti Guldberg en sus estudios acerca de "Teología y filosofía latinoamericana", es que lo que está en juego en el continente es el proceso de liberación. Naturalmente, en los diferentes aspectos.

La identidad necesita un marco adecuado. Éste es el de la historia de las ideas. Éstas nos dan claridad, nos transmiten la fuerza que impulsa el proceso de comprensión de lo que realmente somos. Por tener aquéllas tan enrevesadas, no hemos podido avanzar sin tropiezos. Éstos los propician los prejuicios. Recordemos que Martí y Rodó proclamaron la latinidad. A ellos los perturbaba el que siempre nos quisiéramos mirar en el espejo de Estados Unidos o de Europa. No entendían esa actitud y la reprochaban. Y Carlos Bosch García manifestaba que cuando se busca aquélla "no se logra porque no se quiere aceptar lo que verdaderamente es". Y

agregaba que es gravísimo cuando ella es incierta, para lo cual es necesario que haya, en el continente, un "mosaico de culturas".

Luis Triviño, en su estudio "Identidad socio-cultural: pluralismo, apertura, cambio y libertad", señala que aquélla hay que conservarla a pesar de los cambios. Lo que se necesita es advertir que hay una continuidad. Él juzga que se deben armonizar los diferentes criterios que destacan el pertenecer a una unidad socio-cultural en varios años y para lo cual hay que estar alertas: a) para la preservación y cambio; b) para señalar las especificaciones propias de aquélla; c) para destacar lo que conduce a la homogeneidad; d) porque el conocer al "otro" nos permite saber cómo somos; e) para precisar el concepto que la destaca y le da perfiles propios; f) para mirar los aspectos de ella en lo jurídico, en lo psicológico; g) en cuanto a su dimensión, autor se detiene en las concepciones esencialista, nihilista, analítica. Estas observaciones las formula desde la Universidad de Cuyo, en la Argentina, lo que indica que es inquietud que a todos nos compromete. Es el pluralismo dentro de esa búsqueda de homogeneidad —en su valor específico: la identidad— el que nos permite avanzar sin vacilaciones. Es la interacción entre gentes diferentes. Lo importante es que ella se conserve a través del tiempo y se tenga conciencia de su dimensión y alcance como determinantes de nuestras vidas.

Estados Unidos por ejemplo, de conformidad con las observaciones de Carl E. Hazlewood, en su escrito "Identidades de actualidad",⁵ vive una "modificación sociológica en su vida", pues se mueve con un carácter distintivo por la interacción de gentes diferentes, que obedecen a diversas tradiciones étnicas, estéticas e históricas. Lo que ha conducido a nuevas relaciones personales y sexuales, mientras las raciales han sido reconfiguradas. Naturalmente, ello le da al país un contenido sociopolítico y metafísico. A pesar de apremios tan diversos, no pierde su identidad, está allí, aglutinado, y ella enriqueciéndose, pero no cediendo ni desapareciendo. Se conserva a través del tiempo y, entre más transcurre, más se acentúan y clarifican sus perfiles.

Si queremos examinar el problema con un criterio abstracto, de índole mental exclusivamente, bastaría con recordar las palabras de Lévi-Strauss cuando manifiesta que ella "es una especie de fondo virtual al cual nos es indispensable referirnos para explicar cierto número de cosas, pero sin que tenga una existencia real".

⁵ *La Prensa* (Bogotá), 25-III-1995.

Lo esencial es aceptar que sin ella no tenemos manera de indicar cómo somos.

Integración

EN cuanto se acepta que tenemos identidad, va saliendo más sencillo el planteamiento de una estrategia para la integración. Ésta, entonces, tiene mayores alcances en cuanto a lo político, lo cultural y lo económico. Este criterio es el que ha prevalecido en algunos de los intentos de fortalecerla y acelerarla. Por un desvío de la óptica, ella no avanzará si no obedece a las calidades que hemos destacado aquí como primordiales de Indoamérica. Unos de los pensadores del área, que nació en una isla del Caribe, Eugenio María de Hostos, nos ayuda a entender la conducta que se debe conservar, al recordar sus palabras: "Mi alma ha hecho de todo el continente americano una patria intelectual". Él mismo habla de la necesidad de una "conferencia de ideas... en este 'crisol de razas' o, simplemente, mestizaje. Algunos de los desvíos para entendernos, pueden venir de lo que anotaba Gabriela Mistral a un amigo: "Si viera usted que, desde lejos, no se mira a la América en literario sino en político...". Esto nos permite concluir que el fenómeno hay que afrontarlo en su totalidad.

Porque lo único evidente es que existe un propósito de separarnos para que nos nos conozcamos, de mantenernos en hostilidad. Salta la pregunta: ¿Por qué lo intentan? No se obra así por un capricho. Tiene que existir un último propósito. Que concuerda con ciertos intereses, diferentes a los nuestros.

Desde el comienzo de las vidas republicanas de nuestros países, se pensó en términos de integración y cooperación latinoamericanas. En las tesis centrales, se ha persistido. Pero continuamente nos rompen los propósitos. Pero hay más: ahora nos predicen alianzas, o mercados abiertos, o aperturas neoliberales —que es la nueva derecha internacional o el fascismo económico. Así se puede llegar a olvidar que la integración para el continente es una defensa ante las condiciones desventajosas impuestas por las naciones capitalistas industrializadas, como lo advierte Gerardo González Núñez. Pues bien: estos días de abril de 1995 con motivo de una efemérides de la OEA, ya hemos escuchado a su secretario general proclamar que su acción se enderezará hacia un libre mercado en el continente. Inmediatamente corearon con alegría los Estados Unidos. Los mandatarios de nuestros países escucharon con ojos abiertos de subyugación.

Cuando se inauguró esa obra excepcional en São Paulo, el “Memorial de América Latina”, donde funciona un Centro de Estudios Latinoamericanos, el gobernador Orestes Quércia, quien impulsó esa obra, enfatizó: “Somos parte de la misma tierra, de la misma historia”. Agregaba que correspondía al propósito de ayudar a la “integración con el resto del continente”. Que ese lugar de estudio buscaba extender la conciencia de su necesidad porque somos los mismos. Entre las observaciones más cabales, hay que repetir la que él dijo: que para alcanzar estos propósitos, lo que era indispensable era eliminar diferencias de nivel, porque éstas impiden su éxito y avance.

En esa ocasión, también se formularon reflexiones en cuanto al afán de mantener la balcanización del continente, para que estalle en mil pedazos. Además, se ambiciona que el Brasil se mantenga aislado, “como si fuera un bloque solo”. Ésa es una táctica que tienen que romper nuestros países para que nos conforte un sentido de unidad.

Oscar Niemeyer, el arquitecto que ideó el proyecto para darle cumplimiento a la idea de Darcy Ribeiro, manifestaba frente a su realización:

Soy un hombre preocupado por la vida, por el mundo, por mi tiempo, por mis semejantes. Siempre hubo una presión muy grande para impedir que América Latina se pudiera unir. Y, al mismo tiempo, siempre sufrimos la presión de intereses imperiales. Esta presión nos reprime, interfiere en nuestras políticas. En fin, nunca tuvimos la posibilidad de crear un movimiento de confraternización entre los pueblos de América Latina, que permitiera un intercambio de experiencias entre nosotros, que fuera capaz de abrir el camino hacia la creación de un bloque único para resistir a los que nos humillan, nos usan, nos explotan.

Sigue siendo cierto que los más inquietante en ese afán es el “desafío político y social”. Si no se habla de ello como en el mercado libre que se nos propone, entonces se baten palmas por los poderosos.

Durante años se dijo que la integración podrá desarrollarse con cualquier régimen. Esto garantizaba la permanencia de las dictaduras, sin necesidad de discutirles su origen. Se predicó, también, que no había para qué luchar por una homogeneidad, pues esto conduciría a tener reglas comunes. Era mejor extender la tesis de un pluralismo que, en acciones dispersas, no podía solicitar nada, en medio de su debilidad. Por fortuna, Europa señaló unas bases

de los países que se comprometieron en el proceso: a) democracia; b) libertad de opinión; c) libre circulación de las ideas y de las personas; d) expresión de los pueblos a través de sus representantes; e) partidos políticos y organizaciones sociales. Era, pues, algo más profundo, con un dinamismo político, que un simple negocio.

Ése es el gran interrogante planteado por Aída Lerman Alperstein: la integración no debe ser sólo comercialista, sino que necesita la instancia política. A ésta la quieren quebrar o comprometer con las tesis neoliberales.

Para entender cabalmente el fenómeno hay que detenerse en las observaciones de Juan Manuel de la Serna, quien hace varias advertencias pertinentes:

Primero: el bloque europeo busca una reactivación de un crecimiento económico y mayores condiciones de acceso a mercados internacionales;

Segundo: el grupo asiático ambiciona mantener balanzas comerciales positivas con Estados Unidos. De allí su empeño en canalizar inversiones a América Latina y el Caribe. Esto les permite entrar más dinámicamente al mercado norteamericano.

Tercero: el fin de Estados Unidos es establecer una zona de libre comercio en el continente. Para lo cual han ido en escala algunas negociaciones bilaterales, que deben extenderse: caso del entendimiento con Canadá y México. Se buscan nuevos mecanismos para imponer el T.L.C., al que integran más de cuatro mil artículos que regulan la materia, en el cual no hay posibilidad de que discutan nuestros países sus dificultades, condiciones o necesidades. Es una adhesión incondicional. Lo van "promoviendo" como la gran oportunidad. Inclusive no se puede aspirar si no se tienen apetencias. Es la nueva técnica del "mercadeo". Reparten además otra a través de los medios masivos: la "buena imagen" del país. Sobre su conveniencia o no para nuestra región, no hay planteamientos, ni análisis, ni se sabe si arrasará con nuestras vidas internas económicas o nos constreñirán más a los afanes imperialistas. Sobre estos aspectos hay un silencio excepcional. Parece impuesto. Pero no lo es: es simplemente falta de claridad en el continente y en nuestro país. Hay ausencia de líderes continentales que faciliten reflexiones a nuestros pueblos. Los gobernantes de esta época administran, pero no dirigen.

Se avanza proponiendo nuevos frentes: zonas de libre comercio, uniones aduaneras, mercados comunes. Lentamente, se aceptan, sin discriminación de conveniencia, oportunidad o necesidad.

Parece obedecer esta afán a lo que expresó Jeane Kirkpatrick, citada por Leopoldo Zea, embajadora que fue de Estados Unidos en la ONU: “El notable descenso de la potencia económica estadounidense y la creciente dependencia de Estados Unidos al Japón”, y agrega: “Todos saben del déficit comercial estadounidense y del aumento de las inversiones japonesas en Estados Unidos (sesenta y seis mil millones de dólares en 1989)”.

Estas circunstancias conducen a que nos vayan imponiendo un nuevo orden mundial: que avance la identidad cultural sajona contra la nuestra. Y que se nos venga “el dominio indisputado de las transnacionales”.

El cuadro es completo. No le falta una sola pincelada.

Hay un factor que está manejando la totalidad del proceso desde que se comenzó a hablar —y a aplicar— con rudo énfasis el neoliberalismo, la apertura, el achicamiento del Estado. Nos referimos a la deuda. Ha influido en las decisiones tomadas hasta hoy y con ella seguirán jugando. Cuando ese fenómeno perturbador se hizo evidente, se habló de buscar mecanismos para enfrentar la situación. Se propuso una unidad entre los países deudores; se consideró la utilización del Comité de Asuntos Económicos de la OEA donde cada delegado tiene la misma condición jurídica de su interlocutor. El maestro Zea no recuerda que “la posibilidad de que los deudores de América Latina se unan, es condenada una y otra vez”. No quedan dudas, que se saben cuáles serían sus consecuencias.

Se perturbaba la posibilidad de la reunión de los países deudores. Pero, mientras tanto, empezaron a aparecer los planes de los acreedores. El Brady buscaba que lo adeudado se redujera en doce mil millones de dólares. Eran pocas las alternativas de nuestros países. Se fue uniendo así el estancamiento económico y la deuda.

Se presenta el Programa de Integración entre Argentina, Brasil, Uruguay, países que sienten que se precipita la “nueva corriente de integración de carácter regional liderada por los Estados Unidos”. Así lo recuerdan los economistas argentinos Isabel Nieva y Hugo Omar Andrade. Era una manera, y así lo consideran en el Sur, de torpedear los propósitos tan explícitos que buscaban aquellos tres países: primero, unidad para negociar ante organismos multilaterales; segundo, reducir la brecha tecnológica; tercero, ampliar las bases democráticas; cuarto, adoptar una política para la economía de divisas, unirse económicamente para proyectos conjuntos y ampliar sus mercados. En desarrollo se han firmado cerca de treinta protocolos.

La unidad europea entrega ejemplos de qué debe y puede ser la integración: a) escala de los mercados; b) productividad tecnológica; c) desarrollo científico; d) interfecundación en materia de creatividad cultural; e) ampliación de horizontes intelectuales; f) consolidación de los valores humanos; g) mejoramiento de la convivencia. Se derrota así la visión simplemente comercialista de los monetaristas.

Para poder imponer las nuevas modalidades que deben prevalecer en los gobiernos, se arremetió contra la CEPAL. Ésta, en 1960, había propuesto un mercado latinoamericano integral. Era necesario desacreditarla —para lo cual se buscó el apoyo, en nuestros países, de las más enconadas fuerzas de derecha política en unión de los monopolios locales— y que se olvidara que, por su iniciativa, habían aparecido formas de integración en Indoamérica: el Tratado de Montevideo de 1960, origen de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), mientras en Centroamérica se firmaba el Tratado de Managua en el mismo año, que lleva al Mercado Común Centroamericano. También se organizó la Asociación de Libre Comercio del Caribe (CARIFTA) y se firmaron el Pacto Andino y el CARICOM.

Dentro de la estrategia, también caía en la mira de exterminio la sustitución de importaciones. Así no existiría en el continente una política para defender. Pero donde se llevó a cabo aquélla, como en el caso del Brasil, donde se planificó desde el comienzo, se “llegó a que se diera una economía de escalas y aprovechar las condiciones para la competitividad internacional”. En la Argentina, en cambio, se abandonó desde la década de los setenta y se produjo estancamiento económico con cierta desindustrialización. Se destacó con insistencia que los índices de crecimiento fueron muy bajos en esos años. Después de análisis más ponderados, se han tenido que rectificar las cifras por inexactas.

Mientras tanto se intensificaba desde Estados Unidos el planteamiento en cuanto a las relaciones hemisféricas. Se dijo que en aquellos países —ya vimos que todos agobiados por la deuda— que se acercaron a la apertura con una serie de medidas y que dieron señales de adoptar una conducta oficial frente al mercado, el Banco Mundial entregaría créditos importantes en cuanto se eliminasen barreras a la inversión extranjera. Mientras, el BID haría donaciones —se habló de trescientos millones— a quienes alentaran la inversión internacional, en sus países, a través de la privatización.

Pero siguen los halagos comprometedores: el Tratado de Libre Comercio, el TLC o NAFTA, la Iniciativa para las Américas, y la que

se refiere a la Cuenca del Caribe, se proponen como panaceas, desatando, a la vez, problemas de identidad como lo advierte Zea. Pero esto no interesa: lo importante es que se abran nuevos mercados. Se pregunta el maestro: “¿Prevalecerá la idiosincrasia del país que los promueve?”. Y agrega:

¿Qué es lo que da sentido, cuál es el alma de los pueblos del mundo occidental? “El mundo occidental se ha expresado —dice Toynbee— en instituciones: el sistema industrial de economía y un sistema político apenas menos complicado que llamamos ‘Democracia’, como abreviatura de gobierno representativo, parlamentario, responsable, en un Estado nacional independiente y soberano”. Precisamente, podemos agregar, para proteger su propia economía y garantizar su exclusiva democracia, el mundo occidental se resiste a que otros pueblos alcancen para sí la misma capacidad y con ello las posibilidades de desarrollo económico, ya que eso limitaría las propias. Igualmente se niega a reconocer en otros pueblos derechos que reclama para sí, como la democracia y el derecho de autodeterminación, y se erige, por el contrario, en donador de los mismos, de acuerdo con sus peculiares intereses.⁶

Frente a esta cantidad de problemas que asedian al continente, Hugo B. Margáin propone que “Latinoamérica debe convertirse en una enorme área de esfuerzos económicos comunes”. Lo único aconsejable, y a lo cual tendremos que llegar, es que a los propósitos de integración se arribe en condiciones en las cuales no haya predominio de nadie. Aceptando que con Estados Unidos se necesitan entendimientos, sin revivir viejos sentimientos antiimperialistas, el diseño de la política debe hacerse conjuntamente. Y para sostener un diálogo sin equívocos, Indoamérica demanda su unidad.

No olvidar la cultura

TOLOS los afanes que aquí se han señalado necesitan que se resuelvan con criterios no sólo políticos y económicos, sino también culturales. En el continente hay un pensamiento propio, con originalidad. Nadie va a negar ni las influencias del Occidente ni la fuerza expansiva de nuestras culturas ancestrales. No hay que ignorar que la cultura es esencial para el desarrollo, lo que a veces ha olvidado cierto tipo de economistas.

Se ha establecido la falta de unos líderes continentales que orientaran en medio de esta confusa situación que se vive, en la

⁶ *Ibid.*, p. 16.

cual parecen prevalecer los intereses de los países centrales. Los gobernantes apenas alcanzan una audiencia disputada y no parecen tener autonomía de vuelo, pues sus mandatos han nacido de componendas electorales. Las personalidades indoamericanas, por lo tanto, han desaparecido. Nos queda la oportunidad de apelar a los investigadores. En cada país hay un núcleo muy respetable de ellos. Deben empeñarse en hacer el examen de nuestra realidad. Esas voces unidas en el continente representarán la más clara fortuna de nuestros países. A ellos tendrán que escucharlos en la defensa del destino continental. Es un momento propicio para la reflexión. Así se va definiendo la personalidad de Indoamérica frente a Europa y a Estados Unidos. Es un tiempo, en medio de la perplejidad, para consultar y defender nuestro destino.